

DOMINGO XXXI ORDINARIO “B”

“¿Por la fe privamos a la ley de su valor? ¡De ningún modo! Más bien la afianzamos”

Dt 6,2-6:

“Escucha, Israel: Amarás al Señor, con todo el corazón”

Sal 17:

“Yo te amo, Señor, tú eres mi fortaleza”

Hb 7,23-28:

“Como permanece para siempre, tiene el sacerdocio que no pasa”

Mc 12,28-34:

“No estás lejos del Reino de Dios”

I. LA PALABRA DE DIOS

Israel tiene que ser fiel a Yavé. Por eso el «**amarás al Señor tu Dios con todo el corazón**», lo llevan tan profundamente clavado en el alma y en los labios que todo israelita piadoso recita a diario la “*Shemá*” (=Escucha Israel...). Lejos del miedo a Dios, el amor y el respeto han de mover al pueblo para cumplir con lo mandado. Este método recordatorio: «**Las escribirás en las jambas de tu casa**», se tomó al pie de la letra, y los judíos guardaban a la entrada de sus casas una cajita (*mezuzá*), con ese texto escrito.

Los rabinos, en tiempos de Jesús, discutían cuál de los mandamientos promulgados por Moisés, y multiplicados por la tradición oral, era el principal. A aquél escriba, que parece que se acercó con buena intención, Jesús, repitiéndole la “*Shemá*”, le responde conservando intacta la validez de aquel precepto. En los mandamientos de Moisés, se incluía también el amor al prójimo, sin excluir a los extranjeros. Lo original de Jesús es unir ambos mandatos (a Dios y al prójimo) en un solo y principal precepto moral. Y deja claro que este doble amor constituye la base del culto verdadero y perfecto. La expresión «**no estás lejos del Reino de Dios**» indica que, obedeciendo a la voluntad de Dios revelada por Moisés, el escriba sintonizaba con lo nuclear del mensaje de Jesús, ...pero aún le faltaba algo.

«**Amarás al Señor**». Este es el mandamiento primero y principal. La unicidad de Dios funda ese radicalismo en las exigencias del amor («**todo..., todo..., todo...**»): no hay varios dioses, varios “señores” entre los que dividir el corazón. De nada servirá cumplir todos los demás mandamientos sin cumplir este. El amor al Señor da sentido y valor a cada mandamiento, a cada acto de fidelidad. Para esto hemos sido creados, para amar a Dios. Y sólo este amor da sentido a nuestra vida, solamente Él nos puede hacer felices, nadie más que Él puede hacer que nos vaya bien.

«**Con todo tu corazón**». Pues el amor a Dios no es una simple obligación, sino una necesidad, una respuesta espontánea al experimentar que «**Él nos amó primero**» (1Jn 4,16).

«**Con todo tu ser**». Precisamente porque el amor de Dios a nosotros ha sido y es sin medida, el nuestro

para con Él no puede ser a ratos o en parte. No importa que nos sintamos poca cosa y limitados; la autenticidad de nuestro amor se manifiesta en que debe ser total, que no se reserve nada: todo nuestro tiempo, todas nuestras energías y capacidades, todos nuestros bienes... Al Dios que es único le corresponde la totalidad de nuestro ser.

«**Amarás a tu prójimo**». Jesús une estos dos preceptos que los judíos consideraban independientes. La revelación plena de la caridad (Jn 13-17; 1Jn) nos dice que el amor a Dios y el amor al prójimo son un único río que brota de la misma fuente: El Espíritu del Padre y del Hijo, Espíritu de amor.

«**Como a ti mismo**». No es difícil entender cómo ha de ser nuestro amor al prójimo. Basta observar cómo nos amamos a nosotros mismos... y comparar. Podemos y debemos amar al prójimo como a nosotros mismos porque forma parte de nosotros mismos, porque no nos es ajeno. «*No hay judío o griego, esclavo o libre, hombre o mujer, porque todos sois uno en Cristo Jesús*» (Gál 3,28). Gracias a Cristo, el prójimo ha dejado de ser un extraño.

II. LA FE DE LA IGLESIA

El mandamiento principal (2053 – 2055)

El Decálogo debe ser interpretado a la luz del **doble y único mandamiento de la caridad**, plenitud de la Ley.

Jesús, en su mensaje, **recogió los diez mandamientos**, pero manifestó la fuerza del **Espíritu** operante ya en su letra. Predicó la «*justicia que sobrepasa la de los escribas y fariseos*» (Mt 5,20), así como la de los paganos. **Desarrolló todas las exigencias** de los mandamientos: «*habéis oído que se dijo a los antepasados: No matarás... Pues yo os digo: Todo aquel que se encolerice contra su hermano, será reo ante el tribunal*» (Mt 5,21-22).

El **seguimiento** de Jesucristo comprende el cumplir los **mandamientos**. La Ley no es abolida, sino que el hombre es invitado a encontrarla en la Persona de su Maestro, que es quien le da la plenitud perfecta.

La enseñanza de los diez mandamientos (2064 – 2072)

Fiel a la Escritura y siguiendo el ejemplo de Jesús, la Tradición de la Iglesia ha reconocido en el Decálogo una importancia y una significación primordiales.

Desde S. Agustín, los “diez mandamientos” ocupan un lugar preponderante en la **catequesis** de los futuros bautizados y de los fieles. **Enuncian las exigencias del amor** de Dios y del prójimo. Los tres primeros se refieren más al amor de **Dios** y los otros siete más al amor del **prójimo**.

El Decálogo forma **un todo indisociable**. Cada una de las “diez palabras” remite a cada una de las demás y al conjunto; se condicionan recíprocamente. Las dos tablas se iluminan mutuamente; forman una unidad orgánica. **Transgredir un mandamiento es quebrantar todos los otros**. No se puede honrar a otro sin bendecir a Dios su Creador. No se podría adorar a Dios sin amar a todos los hombres, sus criaturas. El Decálogo **unifica la vida** teologal y la vida social del hombre.

Los diez mandamientos, por expresar los **deberes fundamentales** del hombre hacia Dios y hacia su prójimo, revelan en su contenido primordial **obligaciones graves**. Son básicamente **inmutables** y su obligación vale **siempre y en todas partes**. Los diez mandamientos están **grabados por Dios en el corazón** del ser humano. **Nadie podría dispensar de ellos**.

Lo que Dios manda lo hace **posible por su gracia**. Jesús dice: «Yo soy la vid; vosotros los sarmientos. El que permanece en mí como yo en él, ése da mucho fruto; porque sin mí no podéis hacer nada» (Jn 15,5). El fruto evocado en estas palabras es la **santidad** de una vida fecundada **por la unión con Cristo**. Cuando creemos en Jesucristo, participamos en sus misterios y guardamos sus mandamientos, el Salvador mismo ama en nosotros a su Padre y a sus hermanos, nuestro Padre y nuestros hermanos. Su persona viene a ser, por obra del Espíritu, la **norma viva e interior de nuestro obrar**. «Este es el mandamiento mío: que os améis los unos a los otros como yo os he amado» (Jn 15,12).

La Ley nueva, ley del amor (1972)

Toda la **Ley evangélica** está contenida en el “mandamiento nuevo” de Jesús: amarnos los unos a los otros como Él nos ha amado.

La **Ley nueva** es llamada **ley de amor**, porque hace obrar por el amor que infunde el Espíritu Santo más que por el temor; **ley de gracia**, porque confiere la fuerza de la gracia para obrar mediante la fe y los sa-

cramentos; **ley de libertad**, porque nos libera de las observancias rituales y jurídicas de la Ley antigua, nos inclina a obrar espontáneamente bajo el impulso de la caridad y nos hace pasar de la condición del siervo «*que ignora lo que hace su señor*», a la de amigo de Cristo, «*porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer*» (Jn 15,15).

III. EL TESTIMONIO CRISTIANO

“El Señor prescribió el amor a Dios y enseñó la justicia para con el prójimo a fin de que el hombre no fuese ni injusto, ni indigno de Dios. Así, por el Decálogo, Dios preparaba al hombre para ser su amigo y tener un solo corazón con su prójimo... Las palabras del Decálogo persisten también entre nosotros (cristianos). Lejos de ser abolidas, han recibido amplificación y desarrollo por el hecho de la venida del Señor en la carne” (S. Ireneo).

“Aunque la ley antigua prescribía la caridad, no daba el Espíritu Santo, por el cual «la caridad es difundida en nuestros corazones» (Rm 5,5)” (Santo Tomás de Aquino).

IV. LA ORACIÓN DEL CRISTIANO

*Sólo desde el amor
la libertad germina,
sólo desde la fe
van creciéndole alas.*

*Desde el cimiento mismo
del corazón despierto,
desde la fuente clara
de las verdades últimas.*

*Ver al hombre y al mundo
con la mirada limpia
y el corazón cercano,
desde el solar del alma.*

*Tarea y aventura:
entregarme del todo,
ofrecer lo que llevo,
gozo y misericordia.*

*Aceite derramado
para que el carro ruede
sin quejas egoístas,
chirriando desajustes.*

*Soñar, amar, servir,
y esperar que me llames,
tú, Señor, que me miras,
tu que sabes mi nombre.*

*Gloria al Padre, y al Hijo,
y al Espíritu Santo.*

Amén.